

Semblanza concisa de Meneses Curling Bernardo

MARCO AURELIO CARBALLO

Antes de mi siguiente regreso a la tierra recibí también una llamada de Meneses Curling Bernardo. Su mensaje tenía que ver con favores recibidos y había que pagarlos. Con mucho gusto porque Meneses Curling es amigo. No era el Mapache López y su grosero discurso de priista en decadencia. El discurso de Bernardo tiene sus peculiaridades y tras algunas experiencias debía ponerle atención o pagar las consecuencias. “Mis amigos no son santos”, suele decir el poeta Cervera Juan y estoy de acuerdo con él aunque su frase no tenga nada que ver con los discursos, pero puedo parafrasearlo y decir que mis amigos no son de los que hilan su discurso de modo perfecto.

Meneses Curling Bernardo me dijo que asistiría ese jueves a la reunión semanal de los periodistas asociados en Los Jarrones, restaurante del Hotel Don Miguel, de Tapachula. El desayuno era para que Bernardo les presentara su disco. Me preguntó con rodeos, si podía hacerle “algo”. Yo estaba seguro de que, siendo amigos desde medio siglo atrás, él no tenía porqué rodear nada

y también me consideraba autorizado para hablarle al cascarazo. Ahora sólo escribía para El Búho, le dije, y para Gente, revistas mensuales, y para el semanario Siempre! “Está bien”, aceptó. “Lo que tú digas”.

Tuve que suspender cuanto hacía para teclear la siguiente semblanza:

“Conocí a Meneses Curling Bernardo en la escuela cardenista, primaria federal, Tipo “A” Fronteriza, donde él se distinguía del resto de nuestros compañeros no sólo porque era (es) güero y de cabello crespo y castaño, sino porque jugaba bien el básquetbol, así como ahora juega tenis. Yo lo admiraba porque, valiente, recogía el reto de pelear a trompadas contra adversarios de mayor estatura y, por lo mismo, de mayor peso. Si Bernardo, peso mosca, hubiera tenido un padre como el mío, peso semicompleto, habría aceptado cualquier reto suyo, y yo no hubiera querido estar en los zapatos de ese padre abusivo. Habría encontrado su horma, su Vaquero de Caborca, falso o auténtico.

“En la secundaria y la preparatoria se le perfiló a Meneses Curling la vocación por el periodismo que yo compartía con él. Editó el periódico estudiantil

Hontanar, para suscitar una especie de ruptura con el grupo que heredaba el periódico El Estudiante cuando sus directivos salían de quinto año de prepa.

“Meneses era un rebelde, pienso ahora. Pero con causa”.

A pesar de todo, al releer el texto, advertí que estaba más cariñoso de lo previsto si bien me tenía inquieto haber suspendido la corrección de mi séptimo mamotreto y la redacción del borrador del octavo. Sólo por un amigo ocurre una suspensión de esas, una postergación de imprevisibles alcances, debido a la cual te juegas un mamotreto entero, el que estás pergeñando el año en curso y quién sabe de cuántos años más.

“Sexenios después él formó parte de los mejores reporteros de El Día, distinguido periódico diario por su formato moderno y también por su contenido, por sus excelentes artículos, columnas y entrevistas y noticias únicas, es decir exclusivas”, continuaba el texto sobre Meneses Curling Bernardo.

“Mi amigo se vio pronto ante la disyuntiva de abandonar el reportero o seguir con los míseros salarios que acostumbran pagar incluso a los reporteros excelentes. Así que lo reencontré como jefe de la oficina de prensa de un gobernador del estado de Chiapas.

“Después quise reportear a lo que se dedicaba pero él es muy discreto y apenas dejó entrever que tenía alguna empresa de plásticos. He sabido de sus proyectos periodísticos y algunos los ha llevado a cabo y otros se quedaron en el camino, pero no por falta de ganas.

“Ahora vuelve a asombrarme con su disco Días y noches de Tapachula en el que una agradable voz femenina nos platica, o nos lee, un texto de Bernardo. No soy especialista en esta clase de textos que algunos llaman prosemas, mixtura entre prosa y poema, pero manifiesto que me gustó”.

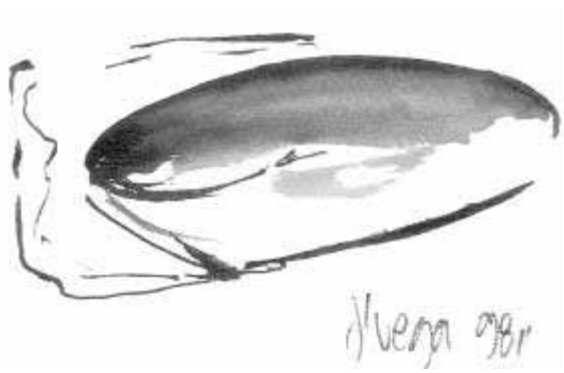
A propósito me abstuve de ponerle apodos a Meneses Curling Bernardo en la semblanza. Pero en Polvos Ardientes de la Segunda Calle, mi primer mamot-

treto, aparece como el Lechero Meneses en episodios que vivimos juntos al cursar quinto año de primaria. El año que me reprobaron. Durante un desayuno con otros colegas en la cafetería del Hotel Reforma del DF, en cuyo centro nocturno Pedrito Infante inició muchos años atrás su carrera de ídolo, Bernardo me dijo al oído: “Debiste ponerme el Gato, no el Lechero”.

Por eso agregué que en el texto que él iba a dar a que leyeran durante el desayuno para presentar su disco:

“Escuché el disco varias veces y concluí (perspicaz que soy), en que se trata de un homenaje a la tierra, a su geografía y que, salvo su mejor opinión, se trata de un paisaje que él y yo vivimos de niños y que, hoy, con la madurez que confiere la plenitud de nuestra edad, como pretende la burocracia denominar a los viejos, nos gustaría volver a ver y a sentir y a oler y a palpar. Eso de viejo lo digo por mí pues a Bernardo lo confunden siempre con su hermano menor.





d'Vega

“Quizá el horizonte de la tierra varió un poco. Algunos forasteros depredadores han dado al traste con mucho de lo que robusteció el espíritu de Meneses Curling Bernardo y que él se empeña en seguir mirando igual, la montaña de bosques y cafetales y los ríos padres y las aguas nobles, según describe en su texto. No importa, y ojalá siga escribiendo estos prosemas porque él tiene la experiencia de quien escribe y la sensibilidad del nativo neto y, sobre todo, el talento, la suma de todo eso”.

Bernardo había quedado en hablarme el miércoles. Quería que le faxeara el texto. Si yo deseaba, que se lo mandara también por correo electrónico, pero no lo estaba recibiendo. Le habían suspendido el servicio.

Quedé petrificado luego de que logró dejarme perplejo. No porque pidiera que le mandara un correo que no iba a recibir. Ya lo había dicho el poeta Juan Cervera: “Mis amigos no son santos”, sin que tampoco esto tuviera que ver con Meneses Curling Bernardo. Lo de petrificado ocurrió cuando acabé de decirle que si quería que escribiera algo lo haría para El Búho o para Gente, tomándome el tiempo necesario, según mi propio ritmo de trabajo.

Si él se desayunaba el jueves siguiente con los colegas ya me platicaría en quince días sus impresiones de ese desayuno cuando yo viajara a la tierra. Después de lo que él me platicara escribiría la Turbocrónica llamada La vida en rojo en El Búho y Crónicas non sanctas en Gente Fue cuando dijo: “Entonces te hablo el miérco-

les”, dos días después, “para que me lo faxees.” Me quedé perplejo pero aún no petrificado. Así que lo interrumpí y le dije que estábamos en frecuencias distintas.

En lugar de repetirle cuanto podía hacer por él y por su disco, (cómo y cuándo escribir una semblanza suya) le hice preguntas, me puse a reportearlo, para que me quedara claro lo que él pedía sin decírmelo, lo que él esperaba de mí. Quizá acababa de hacerlo de manera telepática y yo tan de lento aprendizaje.

A todo dijo sí, era justo eso lo que él deseaba. Quería el texto para dos días después, publicara donde publicara y no le importaba cuándo ni qué estuviera haciendo en la vida (mis mamotretos) ni lo que dejara de hacer. Si pensaba suicidarme podía hacerlo tras redactar su texto.

La cuarta y última parte sobre el ex Lechero y ex Gato, ahora sólo Meneses Curling Bernardo, quedó así:

“Quiero puntualizarle a mi querido amigo Bernardo que no pretendo con estas palabras de nostálgico empedernido, que se quite las gafas del optimismo, porque los depredadores no podrán acabar con algo que yo, cuando estoy en el Soconusco, lo primero que me asomo a ver es el Tacaná, su majestuosidad.

“Suspiro satisfecho cuando confirmo que sigue ahí como una especie de faro grandioso, como una suerte de guardián insobornable. En la adolescencia imaginaba el perfil del pecho de la novia en turno a la que amara de modo platónico. Enseguida, de adulto, el anchuroso barquillo invertido de una nieve de limón de la Paletería Irma.

“Cuando los políticos consigan vender el Tacaná o se lo roben, o lo hagan saltar por los aires (miserables), el Soconusco habrá llegado a su fin. Antes, nada.

“Salud, Bernardo, aunque se con refresco químico de fresa, y felicidades.

Había suspendido mi trabajo en el séptimo y octavo mamotretos pero estaba resignado y en ansiosa espera de reanudar el tecleo de lo mío sobre mí, un bolo gruñón. El jueves, el timbre de alarma en mi cerebro repicó

a las cuatro de la madrugada. No había hecho mi trabajo para Siempre!, que debí enviar la noche anterior. Lo había pasado por alto, concentrado como estaba en la “Semblanza concisa de Meneses Curling Bernardo”.

Ya no pude dormir. Sólo después de darle vueltas al asunto en lo que me resta de caletre le hallé lo que podría significar el bien que me había traído el mal. Si en ese momento, las cinco de la mañana, corría a escribir y una hora después enviaba la columna, el jefe de redacción Enrique Montes encontraría en su correo la columna Garbanzos de a libro cuando llegara a Vallarta 20.

Pero ese no era el bien derivado del mal.

Estaba contento por haberle pagado a Meneses Curling una deuda, un favor. El más importante creo que él pudo haberme hecho hasta entonces. Hacía unos años la Fundación Cultural Soconusco me ofreció un homenaje en La Mesa Redonda. Pensamiento Gerardo, que representaba noventa por ciento de la Fundación, le había pedido a Meneses Curling que hiciera el elogio de su viejo amigo. De esa petición me enteraría después.

Meneses Curling Bernardo llegó un poco tarde. La Mesa Redonda estaba llena y a la mesa redonda más grande se le habían agregado mesas cuadradas apuntando hacia el poniente y hacia el oriente, es decir, hacia los ríos Coatán y Tescuiyapan, que flanquean Tapachula. Bernardo dijo que se había desvelado escribiendo “la cosa” y que le acababa de hacer la última corrección.

Ahora, cuando me pidió una semblanza suya escrita por mí, me dije que por fin iba a pagar aquella mega-deuda. Ya tendría tiempo Meneses Curling de cobrarle el favor a Pensamiento de no haberlo hecho ya.

Cubrí con gusto la deuda y el miércoles, como a las diez de la noche, le pregunté porqué no me había hablado para que le faxeara el texto. Le dije que estaba depositado en el correo electrónico de nuestro amigo Gugsús. El desayuno, dijo Meneses Curling, se había pospuesto pero iba a pasar a casa de Gugsús. Que no se lo faxeara

porque él ignoraba cómo poner el fax en automático. Mientras que yo, desde mi computadora, no podía enviárselo de otra forma.

Fue cuando quedé petrificado, y seguí dándole la razón a Cervera Juan.

Creo haberle pagado a Meneses Curling Bernardo el favor más grande hecho por él para mí, su amigo de la primaria.

Como ya estamos a manos, ahora podré darle un estatequeto la siguiente vez que meta sus cinco dedos cortos en el plato de botana de quienes sí bebemos cerveza. A él le toca nada más que la primera, el caldo de camarones, porque sólo pide una bebida química de fresa. Con una de sus manos poderosas que, empuñadas, hacía correr en estampida a sus enemigos en los pleitos callejeros, con las cuales también habría hecho cimbrar a mi padre de haber sido el suyo, con una de esas manos lo he visto comprimir las frágiles tostadas de pollo, lechuga y tomate en Los Comales, escurriéndole por el dorso la crema y el queso, como si fuera el cráneo fracturado de un adversario peleonero.



Cuauhtémoc Rodríguez